

SANTA ISABEL

EL SOBREVIVIENTE

A Emir Alí Gamero

En sus fantasías, David Correa siempre privilegiaba el sueño. Construía un lugar fresco, reservado, donde la luz azul cayera tenuemente sobre un amplio lecho que no tenía sentido compartir. No renunciaba por cierto a las infinitas posibilidades que el amor podía reservarle, pero las postergaba para después, para el momento de ese despertar moroso y repetido, entre las sábanas perfumadas de blanco. En medio de los sobresaltos y los esporádicos combates, rodeado casi siempre de hombres elementales y sedientos, David cerraba así un espacio propio, absolutamente privado y egocéntrico.

Nunca se le había ocurrido pensar en la soledad, o tal vez sí, pero de una manera que ahora se le antojaba pueril y acaso falsa. Jamás había advertido que la vida en constante compañía es de algún modo torturante: hay pequeños espacios que deben acotarse para impedir que nos aproximemos al delirio.

De la vida en el monte, de la guerrilla a la cual ahora pertenecía, tenía aún una opinión ambivalente, plena de contradicciones y actitudes opuestas. Su juventud se complacía en las misiones aventuradas, en la lenta afirmación de su persona frente a la tierra y frente a los otros. Su temor, que crecía en los dilatados momentos de vigilia, desaparecía en cambio mágicamente cuando llegaba el combate. Pero en las reuniones, en las conversaciones nocturnas que regresaban pesadamente hacia los mismos temas, su desazón llegaba a veces en realidad hasta la angustia.

David, decía el negro Roque, había nacido para guerrillero. Convivía con los senderos sutiles y los difusos ruidos de la noche, dialogaba fluidamente con los campesinos, conocía las armas como si las hubiese fabricado él mismo. Otros compañeros, especialmente aquellos que procedían de la capital, no olvidaban que David les había enseñado sencillamente a comer. Sabía los nombres de las frutas y de las alimañas, y podía prescindir de parte de esa impedimenta culinaria que, importada desde la ciudad, hacía al final las cosas tan difíciles.

Todo esto, por cierto, no era lo que preocupaba al Comandante Julián. Para él ese muchacho enjuto, de espesas cejas y barba casi rubia, era un elemento no confiable, de escurridiza lealtad. Tenía sólo el aval de Juancho, al que lo unía un parentesco real aunque impreciso. Pero Juancho, preso desde hacía un año, no podía en propiedad garantizar nada. Y David, con sus reservas, con su modo lento de asentir y sus preguntas demasiado inocentes resultaba en verdad perturbador. El se lo había dicho al que llamaban Rodríguez, a ese viejo zorro que adivinaba las intenciones de los hombres aunque ellos mismos no supieran de su latente existencia.

-Es un elemento activo, que se lleva bien con la gente; pero le falta mucha formación. ¿Por qué no lo sondeas un poco?

-No te preocupes, ya lo hice. La verdad, no me termina de gustar.

-¿Tú crees que pueda traicionarnos?

-No, yo no diría tanto. No es un tipo que esté deseando pasarse al otro bando; pero no es de aquí, se nota, no es de los nuestros.

-Lo interesante es que se adapta tan bien a todo, se queja tan poco... Los compañeros lo quieren porque sabe encaminarlos, entiendes, resuelve problemas en vez de estar esperando directivas. Aunque eso también...

-Sí, es inteligente, pero no comprende el sentido de esta guerra. ¿Cómo se porta en los cursos de formación?

-No crea conflictos, en realidad, pero no encaja bien. A veces pregunta cosas verdaderamente ridículas, y uno se queda pensando, dudando entre tomarlo por un ingenuo o por un provocador.

Pero David no tenía ni la candidez que algunos le atribuían ni el geométrico diseño de una traición en ciernes. Todo era mucho más sencillo. Jamás hubiera tolerado una desertión tajante, un cambio de bando radical y simple que lo pusiese a combatir contra los que eran, en realidad, sus camaradas. Pero de nada le podía servir esa lealtad negativa -ese horror al doblez y a la infidencia- si tampoco alcanzaba a creer en la lucha. Porque todos los días se veía obligado a estar alerta, protegiendo su vida y la del grupo, ideando estratagemas para conseguir lo indispensable, acosando los flancos de un enemigo tal vez inepto pero seguramente poderoso. Y se agotaba, aunque todo lo hiciera bien, porque era en vano: ningún triunfo hubiera podido entregarle la euforia límpida de los vencedores.

Deseaba irse, exactamente eso, salir de allí para volver a ser el dueño de las horas de su día. Y fantaseaba entonces, porque no le era posible encontrar ninguna forma de alcanzar ese objetivo. De nada le servía especular con la idea de actuar directa y francamente, exponiéndolo todo: su comprensión de la lucha pero su falta de entusiasmo, su habilidad en el monte que no representaba más que un intento insistente por sobrevivir, la forma en que

impensablemente se había tenido que unir a esos destinos alejados del suyo, sólo por entregar aquel mensaje de valor ignorado. Recordaba su visita a la prisión, un gesto de curiosidad o rebeldía que le había parecido hasta osado; la confianza de Juancho, inesperada, y el compromiso de realizar la misión; el frío de aquella primera noche en las montañas del Yaracuy, junto a la gente, las caras sorprendidas pero en definitiva satisfechas. Pero no había ninguna clave allí, nada que le sirviera para encontrar el camino de su retorno. El pasado, cerrado, lo llevaba siempre de nuevo a la interminable lucha que vivía.

La última, la más completa paradoja, era que aquel mensaje fundamental no había sido transmitido todavía, después de tantos meses. Nadie parecía confiar en que él supiera realmente el sitio en que Juancho había ocultado las armas, antes del frustrado asalto al cuartel, ni David estaba en condiciones de insistir. No le interesaba proclamar otra vez su información, inseguro de la respuesta de los otros, renuente a declinar el mínimo poder que ese conocimiento le confería. No tenía tampoco ante quien exponer ese secreto que todos pasaban por alto: Julián, con su obsesiva preocupación por lo cotidiano; Rodríguez, fanáticamente concentrado en la preparación militar de sus hombres; el Chino, supuesto encargado del armamento, con su aire ausente, casi triste, apenas terrenal.

En las noches, su nostalgia se sumaba también a la de los otros, sus camaradas en el desarraigo. Los montes devolvían el eco de las canciones y agigantaban el recuerdo de esas muchachas, ahora más bellas e irreales, que habían quedado en la distancia y las ciudades. La melodía recurrente envolvía las estrofas de solitaria ansiedad: *En estas noches tristes y frías, cuantas veces en vigilia he pensado en tu amor... Pero también hay un pueblo que sufre miseria y dolor...* Era entonces cuando se sentía de verdad hermanado en la soledad compartida, en la vaga inquietud y los deseos de vivir.

Una mañana se produjo por fin un incidente, irritante para David, pero que también alentó sus esperanzas. Rodríguez los obligó a pararse muy temprano y a emprender una marcha inclemente que atravesaba en línea recta los declives brutales de la zona, sin preparación alguna, sin explicación ni alimentos. Agotados llegaron por fin hasta un lugar que lo asombró por su fragante hermosura, un recodo de un pequeño río apresurado entre las montañas, fresco entre los árboles, de colores todavía imprecisos en ese momento esperado del amanecer. Llevaban unas tres o cuatro horas caminando.

Hicieron un breve alto, suficiente apenas para beber algo del agua fría que parecía nacer ahí mismo, en las paredes lucientes y siempre húmedas. Eran unos veinte. Rodríguez entonces les habló, con esa prosa insulsa que parecía como traducida, repitiendo siempre lo mismo, en una u otra forma: la necesidad del combate contra los enemigos de clase, de la lucha contra el imperialismo y sus lacayos, de la guerra incesante y la lealtad al partido. Y luego, sin ninguna transición, dio otra vez la orden de marcha.

A medida que atravesaban quebradas y recorrían una zona de topografía despiadada los hombres se sentían cada vez más cansados e impotentes, conscientes del peso del armamento. Pero, ya bajo el calor de un sol que parecía avanzar con decisión hacia la altura, algunos alcanzaron a comprender lo que parecía inconcebible: estaban regresando otra vez al

campamento, dando un largo rodeo, exponiéndose quizás a la vista del ejército. David y Roque, dos hombres solitarios que sin embargo solían compartir esas experiencias brutales, lo vieron poco más tarde:

-Pero, ¿adónde nos lleva este loco?

-Sí, tienes razón, estamos volviendo al campamento.

-Y entonces..

-Este tipo es un jodido, lo que busca es matarnos.

-Someternos.

Por eso al llegar otra vez, al arribar extenuado a eso que tampoco podía ser llamado un hogar, David estalló:

-No sé qué guerra es esta que nos va a terminar matando por las pendejadas que se les ocurren a algunos.

Naturalmente, fue llamado al orden. Pero, en la tensa y áspera discusión que siguió -con Julián, el Chino y otros dos camaradas- se enteró por fin que todo aquello tenía algo que ver con la visita de Segundo Vílchez, del Comité Central, un hombre al que apenas conocía pero que era, según sus evocaciones inseguras, genuina amistad de su pariente Juancho.

Los tres días siguientes fueron, por eso, de tensión expectante; estuvieron dominados por la frialdad de muchos de sus camaradas, por los intentos frustrados de hablar a solas con el distante Vílchez, por la deprimente llegada de las lluvias que borraban el calor y los caminos. Pero no fueron más que tres días al cabo de los cuales, una noche húmeda como las otras, el hombre que venía de las remotas ciudades lo convocó a su tienda:

-¿Qué pasa con usted, camarada? -le dijo con los ojos pequeños detrás del humo que repartía incesante.

-No sé, yo hago lo que puedo. Todavía no me explico, y ese quizás sea el problema, por qué nadie ha tomado en cuenta el mensaje que traje desde la cárcel.

-¿Qué cosa?

-La razón por la que llegué hasta aquí. La información confidencial que Juancho me dio sobre las armas.

-Ah, Juancho. El fue quien te envió, verdad? ¿Qué dijiste sobre unas armas?

-Bueno, Juancho es mi tío, medio hermano de mi mamá, por parte de padre. Como nadie sospechaba de mí pude hablar unos minutos con él, en Puerto Cabello. Me contó el lugar exacto donde habían escondido las armas, él y otro más, antes que comenzara el ataque al

cuartel. No me acuerdo del nombre del otro -David, ahora, parecía más joven que nunca- pero sé que lo mataron y las armas quedaron allí, bajo tierra.

-Y tú ¿sabrías llegar al sitio?

-Claro que sabría.

-Bueno, eso es importante. Tú quieres irte de aquí, me han dicho.

-Sí -dijo cortante.

-Te voy a mandar a buscar entonces, muchacho. Pero vas a venir conmigo a mostrarme dónde es eso.

Pasaron muchos días, después de aquella memorable conversación que intrigó hasta al mismo despectivo Rodríguez, días en que David Correa ni dormía ni se atrevía a soñar con una forma de libertad condicionada que lo alejara de aquella pesadilla, y en los que también hubo dos combates, breves y duros, con una patrulla enemiga que se atrevió a desafiar la lluvia. Pero una mañana brumosa, cuando él se había internado semidesnudo para cazar unas lapas, sintió por fin el reclamo del mundo que había dejado atrás y que parecía desdibujarse a medida que el monte lo absorbía.

Subió, acompañado por un guerrillero joven y pálido al que llamaban Ojeda, hasta la apartada tienda de Julián. Allí lo esperaban los emisarios, dos tipos casi tan visiblemente malhumorados como el mismo Julián. Lo desarmaron. Y él sintió miedo, sin poder controlarlo, y hasta un cierto pesar nostálgico al comprender que sí, efectivamente, iba a dejar por siempre la montaña.

Pero, lo comprobó poco más tarde, los hombres taciturnos no abrigaban ningún motivo de resentimiento en su contra. A diferencia de Julián, que comenzaba a albergar algo que hasta podía parecerse al odio, los emisarios sólo se preocupaban por la bajada, el lento viaje hacia las regiones donde el ejército se convertía en dominante. Lo supo con claridad al mediodía, cuando de pronto el viento les trajo unos ecos de voces militares. Ellos -nunca supo sus nombres- se detuvieron secamente, mientras David entendía que no era sólo él quien tenía miedo. Con prudencia se desviaron.

La marcha, entonces, se hizo de verdad fatigosa. David evocó -irónicamente- las enseñanzas de Rodríguez, y poco a poco fue trazando mentalmente un mapa con las posiciones de los otros. Todo fue bien, aunque al subir a una pequeña cuesta se encontraron súbitamente con dos soldados que dormitaban su imprecisa misión bajo un glorioso mango. Uno de los hombres, el de bigotes negros, levantó con cuidado su arma pero el otro, más frío, lo detuvo seguro con un gesto. Con infinito cuidado iniciaron entonces un rodeo, cauto y entrecortado, que los llevó a un rancho solitario en el atardecer. Allí esperaron hasta la noche plena, comieron unas frías arepas y luego se dirigieron hacia un camino en el que los aguardaba un automóvil. Hubo, como en todo el día, muy pocas palabras. Poco después

estaban en un pequeño pueblo, en la casa de un hombre que se presentó como Ernesto y que le ofreció una cena caliente y una cama, la primera después de tantos meses.

David no pudo despertarse tarde, como hubiese deseado. Antes aún de abrir los ojos ya sabía que el monte y la guerra eran también costumbres, arraigadas tal vez. Ernesto ya lo esperaba con el desayuno. Era un hombre mayor, o así le pareció a David, que lo trató con afabilidad y precisión. Preguntó por sus documentos y en pocos minutos le escribió, en el papel y los términos adecuados, una constancia de trabajo del Ministerio de Obras Públicas. Horas después estaban en Barquisimeto.

Permaneció varias semanas en la ciudad, sin casi conocerla, en la casa de una camarada que pronto lo trató como a un hijo. Nunca, salvo una vez, mostró curiosidad alguna:

-Pero dime, David, ¿tú crees que los compañeros van ganando terreno, que el apoyo entre los campesinos es mayor?

-Bueno Lola, la cosa no es tan fácil. Hay mucha persecución y no se crea que uno tiene tanto contacto con las masas.

-Me han dicho que ahora la represión es más fuerte y que han habido muchas bajas. Díme, y tú, ¿por qué te viniste?

-Yo no quería estar allá, Lola, no es cobardía, pero prefiero hacer otras tareas.

-Todo lo que se haga por la revolución es importante, me parece a mí, cualquiera sea el puesto que se tenga en la lucha.

-Verdad.

Pero no eran esas sus conversaciones habituales; eran más bien relatos -de la infancia de ella en Guayana, de sus trabajos y sus hijos- o breves comentarios sobre la situación política del día. David leía constantemente revistas y periódicos, hacía pequeñas reparaciones en la casa, se saturaba de una soledad que se iba convirtiendo en impaciencia.

Por fin, una noche, Lola le trajo la noticia esperada:

-Me dijeron que está todo listo para que mañana te vayas a Valencia; parece que te esperan por allá.

David asintió con íntima felicidad y no poco desconcierto. No conocía a nadie en Valencia, salvo inconclusas referencias a algunos compañeros. No pudo dormir en absoluto.

Temprano en la mañana Lola se aseguró de que sus papeles estuviesen en orden, le dio dinero y lo acompañó hasta el terminal de autobuses. Se despidieron con un abrazo de callado cariño.

El entonces se dirigió hasta la taquilla y compró, decidido, un pasaje hasta la lejana Mérida. Allá por lo menos podría vivir en la casa de sus tíos -pensaba- encontrar un trabajo y comunicarse con su madre.

Ya en el autobús, mientras comenzaba a sentir el efecto de la noche pasada, recordó que a nadie había dado por fin el mensaje de Juancho. La comprobación, previsiblemente, no le impidió dormirse. Pronto soñó a su vez que descansaba: era un lugar fresco, reservado, donde la luz azul caía tenuemente sobre su amplio lecho y las sábanas estaban perfumadas de blanco.

Carlos Sabino

Caracas, 1986-1987